

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars
y su fiel escudero Flor de Truhanes”

II - FLOR DE TRUHANES DEL CAIRO 3 – El descalabro de Oqereb

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

سيرة المظاهر بيبارس

Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



II - Flor de Truhanes del Cairo

3 – El descalabro de Oqereb

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
 esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
 Fecha de Publicación: 19-05-2017
 Número de páginas: 6
 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

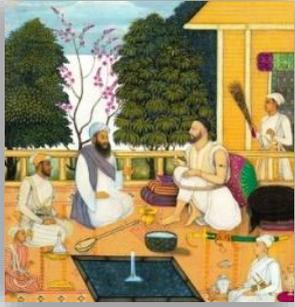
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

3 – El descalabro de Oqereb



Baibars entró y llamó a Oqereb.

- ¡Aquí estoy, aquí estoy, soldado! Con que ¿ya has vuelto? Bienvenido seas. ¿Y qué has hecho?

- Pues me he traído un escudero como el que me recomendaste.

- ¡Que la luz sea contigo, amigo! ¡Ve a ocuparte de tus asuntos, porque yo mismo voy a formarle, a enseñarle el oficio, y si no trabaja bien, ya se lo haré entender por consideración hacia ti, y eso le va a escocer como el fuego!

Baibars le dejó y se fue a su habitación. Mientras tanto, Oqereb llamó a su aprendiz:

- ¡Eh, Mohsen!

- ¿Qué quieres, mi viejo?

- Ve a buscarle y hazle entrar en la habitación. ¡Prepárale bien, vístele guapamente, y componle bien recompuesto antes de que yo me lo beneficie!

- Muy bien –respondió Mohsen.

Luego se fue a buscar a Otmân que, con su amplio fajín en torno a la cabeza y el rostro envuelto con un echarpe, sujetaba el caballo de Baibars. Mohsen le miró, y vio a un joven efebo que semejava a una rama de sauce, tan esbelto era su talle, recto y ligero. De su cara, sólo podían verse dos ojos negros que lanzaban flechas –ya hemos comentado en otra ocasión que Otmân era muy agraciado.

- ¡Salud, pimpollo mío! –le soltó Mohsen-, ¡salud, mi corazoncito! ¡Tu llegada es una bendición!

Y le tomó de la mano.

- ¡Pasa, hermanito –le dijo-, entra pues!

Otmân, con el rostro aún medio cubierto con el echarpe, entró adonde Oqereb.

- Ven, pequeño mío –babeó éste-. Ven a lavarte la cara, ¡y no seas tímido delante de tu tío Oqereb! ¡Por el Profeta, aquí estarás como en las rodillas de tu padre y de tu madre!

- ¡Piedad, jefe! –gritó Otmân, con una voz aflautada-. ¡Sólo soy un inocente muchacho, un pobre huérfano que no tiene a nadie en el mundo, y un extranjero en esta ciudad!

Oqereb avanzó, le cogió de la mano y le hizo entrar en las caballerizas. Entonces le levantó el echarpe que le cubría el rostro, y creyó caerse muerto en el acto.

- ¡Piedad! ¡Por el Profeta! ¡Escucha, Flor de Truhanes, no te había reconocido!

- ¡Cállate, basura! –gritó Otmân-. ¡Por el Secreto de la Dama, como digas una sola palabra más, te parto en dos la mollera! ¡Agáchate, que te diga algo...!

El otro se agachó hacia adelante, Otmân agarró una espuela y le sacudió en todo el espinazo, una y dos veces. A la vista de ese espectáculo, los escuderos se aprestaban a poner pies en polvorosa.

- ¡Fuera ropa, maricones! –les gritó Otmân.

Todos se desnudaron. Otmân cogió todos los vestidos, hizo un fardo con su capa y se lo echó al hombro. Ya se disponía a partir, cuando de pronto divisó a Baïbars que estaba a la puerta y había presenciado todo. Cuando Otmân quiso salir, le cerró el paso.

- Eh, jefe, ¿adónde vas? –le preguntó.

- ¡Eh, soldado! esta es la ropa vieja de los palafreneros que la voy a vender, para comprarles en su lugar ropa nueva.

- ¡Acabas de llegar hoy mismo! –respondió Baïbars-, ¿y ya te has convertido en su padre y en su madre? Tú no tienes que ocuparte de eso. Entra y ve a sentarte con ellos, mañana iré yo a comprarles ropa. ¡Venga, entra! No estás autorizado a salir.

- ¡Oye mariconcete! –gritó Otmân-, ¿pero de verdad te has creído que yo estoy a tus órdenes?

Arrojó el fardo al suelo y empuñó su garrote aprestándose a golpear a Baïbars. Pero éste, más rápido que el viento, le atizó de improviso en las costillas con su *lett* de Damasco; con lo que Otmân fue a dar rodando con sus huesos al suelo. Baïbars avanzó, se sentó sobre su espalda, le pasó la maniota y le ató los brazos. Le apoyó contra una de las dos columnas de mármol que había en el interior de las caballerizas, y le amarró a ella con una sólida maroma. Después, cogió una vara de castaño y comenzó a molerle a palos.

- ¡Ah, sí, tú me has venido diciendo tal y tal cosa por el camino! –le gritó-. ¿De verdad crees que eres capaz de inventarte algo que pueda engañarme?

- ¡Bueno, déjalo estar, soldado! Tú eres mi hermano, déjame tranquilo, y yo, ya no trabajaré más para ti.

Pero Baïbars siguió azotándole hasta dolerle el brazo; luego lo dejó allí atado, ordenando a los escuderos que no le soltaran, y se subió a su habitación.

Otmân esperó hasta bien entrada la noche; cuando estuvo seguro de que Baïbars se habría acostado; llamó a Oqereb y le dijo:

- Ven, hermano, desátame de la columna.
- Pero es que no puedo, *osta*, tengo miedo del soldado Nénars. Te juro por el Profeta, que me mataría.
- Pues por el Profeta yo también te juro que si no me sueltas, mañana me reconcilio con él y te parto en dos la sesera.

Oqereb temió de lo que pudiera hacerle Otmân y fue a desatarle sin tardanza. En cuanto se vio libre, Otmân le gritó a Oqereb:

- ¡Abraza la columna, bujarrón!
- Te lo ruego, señor, ¿así me recompensas el bien que te he hecho? ¡Te lo suplico!
- ¡Por el Profeta que no te vas a escapar! Abraza la columna que voy a atarte como me hizo el soldado, porque todo esto es culpa tuya por haberle enseñado a decir: “Quiero un escudero que sea *tâjin jawanki*”.

Se acercó, le amarró a la columna a pesar de sus protestas, apretando bien las cuerdas, igual que había hecho Baïbars, luego cogió el garrote y le dio una buena paliza. Oqereb suplicaba gracia, pero en vano.

- ¡Bien se podría decir que yo soy el soldado Nénars y tú el *osta* Otmân! –decía este último.

Y siguió sacudiéndole hasta que Oqereb perdió el conocimiento; luego, sin desatarle, se fue a buscar todos los enseres de los escuderos; arrampló con todo y se largó, dejándoles totalmente en pelotas.

Oqereb aún seguía amarrado a la columna. Sus compañeros se acercaron para soltarle, pero él les conminó y suplicó que no hicieran nada antes de que llegara el emir Baïbars y lo viera así. De modo que lo dejaron de esa manera hasta que amaneció. Baïbars se levantó, hizo las abluciones y los rezos, terminando con las invocaciones; desayunó, y bajó a las cuerdas para ver qué había sido de Otmân, y allí se encontró a Oqereb, atado en su lugar, con toda la cara hinchada por los golpes, y lloriqueando.

- ¿Qué te ha pasado, cabroncete? –le preguntó- ¿Dónde está Otmân, y quién te ha atado en su lugar?
- ¡Que Dios no te recompense, soldado, por habernos traído a esa peste! –gritó Oqereb, y le contó todo lo que Otmân le había hecho.

- ¡Bah! –exclamó Baïbars-. ¿Toda una banda de valientes como vosotros, y se deja vencer solo por un hombre? ¡Valéis menos que las mujeres!

- ¡Qué nos vienes cantando, soldado! ¿Quién te crees tú que puede resistir ante el *osta* Otmân? Por el Secreto de la Dama, todos los malhechores del Cairo le temen, pues tanto le da beberse un trago de agua que cargarse a un hombre. Ni siquiera los oficiales de policía lo han conseguido: tiene en su haber siete sentencias de muerte y siete decretos reales. ¡Por el Profeta, cuando enarbola su garrote, no se preocupa en saber cuántos enemigos tiene ante él!

- Me pregunto dónde podrá vivir –dijo Baïbars.

- No tiene un domicilio fijo –le respondieron-, pero su casa está en El-Maghâra, cerca de la Gran Tumba. ¡Y aunque vayas allí a preguntar por la casa de Otmân, el hijo de la Gorda, nadie te lo dirá!

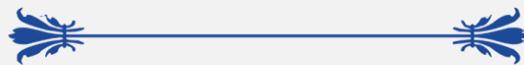
- ¡Sea como sea, tengo que echarle la mano encima y tomar revancha por vosotros!

- ¡Mejor llévatelo de nuestra vista, y no lo vuelvas a traer por aquí!

- Vosotros no tenéis por qué mezclaros en esto –replicó Baïbars-. Sólo a Dios y a mí nos toca traerle de vuelta a la obediencia; pues quien obedece a Dios, es a su vez obedecido por todas Sus criaturas.

Sin esperar más, Baïbars salió de las cuadras, se cambió, se puso un manto sobre los hombros y se marchó disfrazado de ese modo para que no le reconocieran. Se fue directamente hasta El-Maghâra y a la Gran Tumba; llegado allí, se detuvo para que le indicaran la casa de Otmân, el hijo de la Gorda...

FIN



Próximo episodio...

4 – ¡Pobre madre!